

UNA MANADA DE ÑUS

JUAN BONILLA
UNA MANADA
DE ÑUS

PRE-TEXTOS CONTEMPORÁNEA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: octubre de 2013

Diseño de la colección: Andrés Trapiello y Alfonso Meléndez
Imagen de la cubierta: © Sofia de Juan

© Juan Bonilla, 2013
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2013
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN
ISBN: 978-84-15576-61-7 • DEPÓSITO LEGAL: V-1391-2013

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

HABÍA UNA MANERA

LE dijo claramente: Mal hecho, chico, había una manera. Lo sé porque yo estaba en la mesa de al lado.

Se nos había dejado claro que por pronto que perdiéramos no nos moviéramos de nuestro sitio hasta que se diese por terminada la simultánea, era una exigencia de Bobby Fischer, no soportaba que los jugadores a los que derrotaba se pusieran en pie y fueran siguiéndole para examinar sus movimientos en los demás tableros.

De los cincuenta jugadores a los que se enfrentó, una treintena éramos amateurs con algún trofeo en casa (un casino, una Casa del Pueblo, el campeonato del instituto), quince semiprofesionales y cinco profesionales. En media hora sólo quedaban siete jugadores. Fischer iba de un tablero a otro como si estuviese a punto de perder el avión a alguna parte o supiese que si no acababa en menos de una hora con los cincuenta jugadores, el planeta sería invadido por alienígenas carnívoros. Echaba un vistazo rápido a la situación, movía una pieza, paraba el reloj y al tablero siguiente.

A los cincuenta minutos de iniciada la simultánea ya sólo quedaban dos jugadores, uno de los profesionales, que se resistía a dar por perdida una partida que estaba más que perdida y sólo podía alargar sacrificando cada una de sus piezas (supongo que quería ser el último en caer, aunque la derrota fuera tan humillante, él sólo con su rey y Fischer con más de la mitad de sus piezas) y el chaval que estaba a mi derecha.

Tenía doce años, un colegial que aparentaba menos de su edad: al año siguiente, cuando fuera al instituto, si no iba a un privado, sería de los que se quedan en clase a la hora del recreo para evitar las violencias del patio, para no correr riesgos de que alguien la tomara con él. Había sabido defenderse con pericia de los embates de las torres de Fischer, y ahora, con un magistral movimiento de uno de sus alfiles, se atrevía a amenazar al rey del Rey, lo que levantó un murmullo en el salón donde se celebraba la simultánea.

El profesional le duró dos movimientos más a Fischer, que se dedicó ya sólo al chaval que lo tenía contra las cuerdas. Ofensivamente no había nadie como Fischer, no importaba que hiciera ya años que no estaba en el circuito profesional, que desapareciera dios sabe dónde, ofensivamente le podía dar mil vueltas a cualquiera de todos los grandes maestros, eso lo sabían hasta quienes no sabían ni gota de ajedrez, bastaba con hacer de vez en cuando los crucigramas del periódico, siete letras, el mejor jugador del mundo en el juego ofensivo en ajedrez. Pero ahora veríamos si tan bien sabía defenderse de las maniobras de su pequeño oponente. Puede que aquello del alfil no hubiese sido más que un golpe de suerte, un fogonazo de genialidad, como la contra que un boxeador casi noqueado consigue meterle a su oponente para tumbarlo contra todo pronóstico.

Gracias a mi situación privilegiada pude observar los gestos del campeón. Es obvio que pasara lo que pasara en el tablero, el chaval de mi derecha era ya el héroe de la simultánea, pues aunque perdiera había conseguido aguantarle más movimientos al campeón que todos los demás jugadores y además lo había obligado a defenderse, ganar a la contra. Se había estipulado un premio de 50.000 pesetas para quien fuese capaz de derrotar a Fischer y no se contemplaba galardón alguno para nadie más, quiero decir que no se pagaban ni

las tablas ni al que más aguantara, pero aunque fuera un título honorífico, era un título poder decir: Yo fui el que más cara le plantó a Bobby Fischer cuando vino a España a disputar una simultánea. Hubiera dado una mano por poder decirlo yo, que era apenas unos años mayor que el chaval de mi derecha.

Por momentos parecía que Fischer no tenía salida y no iba a quedarle más remedio que, después de sacrificar a la desesperada a su dama, entregar a su rey. Pero eso me parecía a mí, que, bueno, había ganado el torneo de mi instituto y el del casino, pero no era capaz de ver el diálogo secreto que se establece entre las piezas en un tablero de ajedrez, ese diálogo que desde luego parecía que sí sabía escuchar el chaval de mi derecha y que dominaba como nadie el propio Fischer. No sé cómo consiguió reconstruir su defensa, tal vez el chaval cometiera algún fallo presionado no tanto por la cercanía del campeón como por el hecho de que ya no se moviera derribando oponentes sino que se quedara plantado ante él, con la mirada fija en las piezas del tablero, oyendo el diálogo secreto de las piezas, ya digo, como por la certeza de que podía ganarle a un mito. Yo juraría que no cometió ningún fallo, que hizo lo que tenía que hacer, adelantar una torre, esquinar su dama, preparar el asalto. Quizá fue muy previsible y dio opciones a Fischer de reconstruir la defensa, es posible. Lo cierto es que tres o cuatro movimientos después de que se disipara la ventaja que había logrado sobre su oponente, Fischer ofreció tablas al muchacho, que se quedó mirándolo como si en vez de tablas lo que le estuviera ofreciendo fuera un cargamento de cocaína o dinero por pasar un rato juntos ahí atrás. Una mirada aterrizada, fija, como si pidiese piedad.

Finalmente se decidió a estrechar la mano del campeón para aceptar las tablas y entonces fue cuando Fischer se aga-

chó, se acercó a su oído y pude oír lo que le decía: Mal hecho, chico, había una manera. Una ovación de toda la sala saludó a Fischer, que parecía tener prisa en desaparecer enseguida, no sé si porque consideraba una humillación no haber ganado las cincuenta partidas de la simultánea o porque había quedado con su gurú. Ni siquiera se paró a fotografiarse con el alcalde ni con los cincuenta jugadores, tal y como se nos había prometido cuando nos inscribimos –había que demostrar que se tenía nivel suficiente y pagar una cuota de inscripción de 1.000 pesetas–, pero la ovación se multiplicó –como si antes sólo hubieran estado aplaudiendo los zurdos– cuando el chaval se levantó de la silla y el alcalde se lo llevó a la tarima donde había un micrófono –supongo que porque esperaban que el campeón dijese algo–. Al chaval lo rodearon enseguida los suyos, sus padres y sus abuelos o sus tíos, no sé, pero él estaba blanco, parecía que se iba a poner a llorar en cualquier momento, estaba más claro que el agua que quería que la tierra se lo tragase o viniese un comando de las fuerzas especiales a sacarlo de allí.

El alcalde dijo unas palabras, mucho *chalalá* de lo orgullosos que estaban de haber tenido a una eminencia tan inatrapable como Fischer, fue noticia reproducida en telediarios de Asia y Oceanía: Reaparición del ex campeón del mundo de ajedrez Bobby Fischer en una pequeña ciudad española. Y luego, cuando hasta el alcalde se estaba aburriendo con lo que él mismo decía, presentó al chaval –¿Cómo te llamas, chico?, y el chico se lo dijo, un apellido largo que el alcalde no supo o no quiso repetir, Urruticoechea, para una vez que le hacemos tablas al campeón del mundo, resulta que el chaval es de procedencia vascongada, debió pensar– y le cedió el micrófono. Silencio, No sé qué decir, eso fue todo lo que dijo. El alcalde le arrebató el micrófono y dijo: Yo creo que hoy es un gran día para esta ciudad, este muchacho nues-

tro ha conseguido hacerle tablas a Bobby Fischer, ¿cuántas personas en el mundo pueden decir eso?, pocas, muy pocas, así que vamos a saltarnos las bases y a entregarle a él el premio que se había estipulado para quien ganara al campeón, porque empatar con el campeón es lo mismo que ganar, en eso estaremos todos de acuerdo y el que no esté de acuerdo seguro que es porque ha sido barrido por la mano demole-dora del campeón, al que sólo ha podido resistir este chaval nuestro.

Una ovación acalló las agrias y masculladas protestas de los profesionales, que humillados abandonaron como una cofradía el salón, camino seguramente del juzgado, donde interpondrían un recurso o una querella o una demanda para que no se permitiese que se diera ese dinero al chaval, pues las bases estipulaban claramente que sólo se premiaría a quienes ganaran su partida contra Fischer. Otros jugadores hicieron cola para estrechar la mano del triunfador de la velada. A esas horas Fischer ya estaría en un avión camino de dios sabe dónde, decían los rumores que sólo había aceptado venir a la ciudad porque quería ver las cuevas prehistóricas que hay al lado, cosa que había hecho la tarde antes de la simultánea, le había dado por el paleolítico, aunque otros decían que la única razón de que viniera era el dineral que le habían ofrecido, de vez en cuando tenía que aceptar una oferta para hacer una exhibición porque carecía de otros ingresos y quería seguir viviendo apaciblemente escondido, fomentando el mito. Y otros, incluso, defendían que sólo había cedido a la petición expresa que le había hecho una novia secreta que tenía desde hace poco y que daba la casualidad de que era vecina nuestra, aunque nadie le pusiera cara ni cuerpo. Daba igual, nadie hablaba de la endemoniada maestría con que Fischer se había cargado a 49 de sus oponentes, todos hablaban de aquel muchacho de doce años al que parecía faltarle el aire. Cuando llegó mi turno, le estreché la

mano y le dije: ¿Has entendido lo que te ha dicho cuando aceptaste las tablas? Me contestó que no. Sus padres lo empujaban para que siguiera adelante, cargado con su cheque descomunal de cartón, pero el chaval se quedó quieto, ¿tú lo has entendido? ¿qué me ha dicho? Y entonces se lo dije, le dije: Mal hecho, chico, había una manera. Y entonces se echó a llorar.

Fue él quien me buscó a mí, tres o cuatro días después de la simultánea, cuando ya lo habían llevado a entrevistarle a la televisión local, en su barrio le habían dado un homenaje y había sido portada de los dos periódicos de la ciudad. Seguro que hasta alguien había empezado a escribir su biografía. Todo un poco excesivo para unas tablas, es verdad, pero es lo bueno que tienen las ciudades pequeñas: no hay tanta competencia para que te nombren hijo predilecto o te saquen en procesión, incluso en el hipotético caso de que no te apetezca nada que te saquen en procesión. Estaba solo, en la verja de la entrada de mi instituto. Supuse que le fue fácil encontrarme, que le bastó mirar la lista de participantes en la simultánea y sus méritos y al ver que mi único mérito, aparte del campeonato del casino que gané, era haber ganado el campeonato de ajedrez del instituto, se dijo: En el casino no lo voy a encontrar, así que probaré con el instituto. Se había escapado del colegio para buscarme. Me pareció agobiado, pero tal vez fuera su forma de estar en el mundo; la verdad es que siempre lo había visto agobiado, cuando nos sentamos a esperar ante nuestros tableros a que Fischer llegara al salón, durante su partida con Fischer, cuando firmó las tablas con Fischer, cuando lo subieron a la tarima, cuando lo metieron entre la multitud ansiosa que quería saludarlo, en las fotos del periódico y en las imágenes de la televisión, y ahora que me buscaba.

No necesitó acercárseme porque en cuanto lo vi apoyado contra la verja, mirando hacia el edificio del que yo salía formando parte de la manada de ñus que a las doce iba camino de las cuñas de chocolate y los batidos y los donuts o los bocadillos de mortadela de las confiterías que rodeaban al instituto, supe que había venido a buscarme. Urruticoechea, ¿cómo tú por aquí?, le dije. No me lo quito de la cabeza, repaso una y otra vez las jugadas, la posición de las piezas, y no doy con la manera de ganar la partida, me dijo. Había venido buscando ayuda o a que le confirmara que lo que Fischer le había soplado al oído fue “Mal hecho, chico, había una manera”. Le pregunté si le apetecía un donut y dijo que no pero que me acompañaba igual. ¿Seguro que no quieres?, le pregunté cuando me tocó pedir en la confitería. Vale, de chocolate, dijo. Nos fuimos con nuestros donuts a una alameda en la que durante media hora nos desperdigábamos los alumnos del instituto hasta que volviera a sonar el timbre que nos convocaba de nuevo a la charca de los cocodrilos, quiero decir, a las aulas. A mí esa mañana me tocaba Matemáticas y Física y Química, dos auténticos monstruos hambrientos, y no llevaba hechos los deberes ni de una ni de otra asignatura, así que no me importaba pasar de ellas. En aquella época no te sancionaban por no ir a clase, los profesores empezaban el curso diciendo: El que no quiera venir, que no venga, no se va a pasar lista ni nada de eso, ya somos mayorcitos. Era una de las cosas que distinguía al instituto del colegio: del colegio había que escaparse, del instituto no hacía falta. Esa estupenda costumbre se ha perdido, y a pesar de la obligación de asistir a clase que pesa sobre el alumnado, se ha multiplicado el fracaso escolar. En aquella época pasar del colegio al instituto era cruzar una de las charcas de cocodrilos que nos aguardaban en el camino. Luego a alguien

se le ocurrió unir ambas instituciones, o por lo menos verter en el instituto la mitad de cursos que se hacían en el colegio, y la charca quedó disimulada. No sé si fue una buena jugada. Entre uno que iba al colegio y uno que iba al instituto había por entonces la misma diferencia que entre un niño y una promesa de adulto. Luego, al prolongarse la fase niño, el instituto se llenó de niños y se despobló de promesas: el contagio fue tal que se volvieron niños hasta los profesores. Lo sé porque soy uno de ellos. Quizá exagero, pero no es el tema.

Con nuestros donuts y un batido de vainilla nos fuimos a la alameda donde los ñus solíamos pastar tranquilamente antes de volver a las aulas, en pequeños grupos variables donde igual se conversaba de un capítulo de una teleserie emitido la noche anterior, que del partido del próximo sábado o de algún leve acontecimiento acaecido en el gimnasio —se le vio todo a la Merche cuando subió la cuerda— o en el parking —Ana la de Griego se ha comprado un escarabajo de segunda mano—. Le dejé claro que aquello fue lo que dijo Bobby Fischer, yo podía ser malo en Física y Química, en Matemáticas, en Literatura, en Filosofía, en Griego, que no lo era, pero podía serlo si pasaba por una época de pereza; pero si había algo en lo que no podía ser malo era en Inglés, porque mi madre es inglesa, porque soy bilingüe, o sea, que no tenía la más mínima duda de lo que Bobby Fischer le había soplado al chaval que le había hecho tablas. Es que por vueltas que le doy, me dijo, no consigo averiguar cómo podría darle jaque, se ve a las claras que tengo ventaja, pero no hay manera de darle jaque, el rey se escapa siempre, no hay manera de capturarlo sin ir perdiendo todas las piezas que podrían capturarlo. Parecía desolado.

Agregó: He pensado en escribirle.

¿A quién, a Bobby Fischer?, le pregunté.

No, me dijo, al Papa de Roma, que creo que juega muy bien al ajedrez. Y no forzó una mueca para subrayar que se le daba bien el manejo de la ironía. Era como si diese por hecho que a Bobby Fischer le llegaban todas las cartas que llevasen en el sobre su nombre y sólo su nombre: como si todos los carteros del mundo supieran dónde encontrarlo.

Así que me había buscado no porque confiara en que yo, como campeón de ajedrez del instituto, pudiera ayudarle a encontrar la manera de darle jaque mate a Bobby Fischer, sino para que le escribiera en inglés la carta al campeón. ¿Y qué iba a contarle en esa carta? Lo que más le dolía al chaval, lo que le hacía arder el pecho y las sienes, era no saber en qué momento desaprovechó su ventaja, qué fallo cometió para conducir al campeón a una salida que al menos le permitiera empatar. Por eso dudaba de si en la carta que le escribiera a Bobby Fischer debía detallar todos los movimientos de la partida, o sólo los últimos. Le dije que quizá bastara con recordarle cómo estaban plantadas las piezas en el tablero en el momento de firmar las tablas, porque por sus palabras se podía deducir que, en aquel momento, tal como quedaban las piezas sobre el tablero, las blancas aún podían haber ganado, él sabía la manera mediante la cual, a pesar del aparente equilibrio que habían logrado las negras, todavía era posible que las blancas recuperaran su ventaja y terminaran por dar jaque mate. O lo que era lo mismo, lo que Bobby Fischer le había dicho al chaval era: si le damos la vuelta al tablero y yo me quedo con tus piezas y tú con las mías, tal como están las cosas, yo no firmaría tablas ni borracho, seguiría jugando, porque hay una manera de que las blancas se lleven el gato al agua, de que aprovechen su leve ventaja y la conviertan en jaque mate seguro.